

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

11 de julio de 1891

Núm. 193



MISTRESS X., ESCRITORA INGLESA
Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

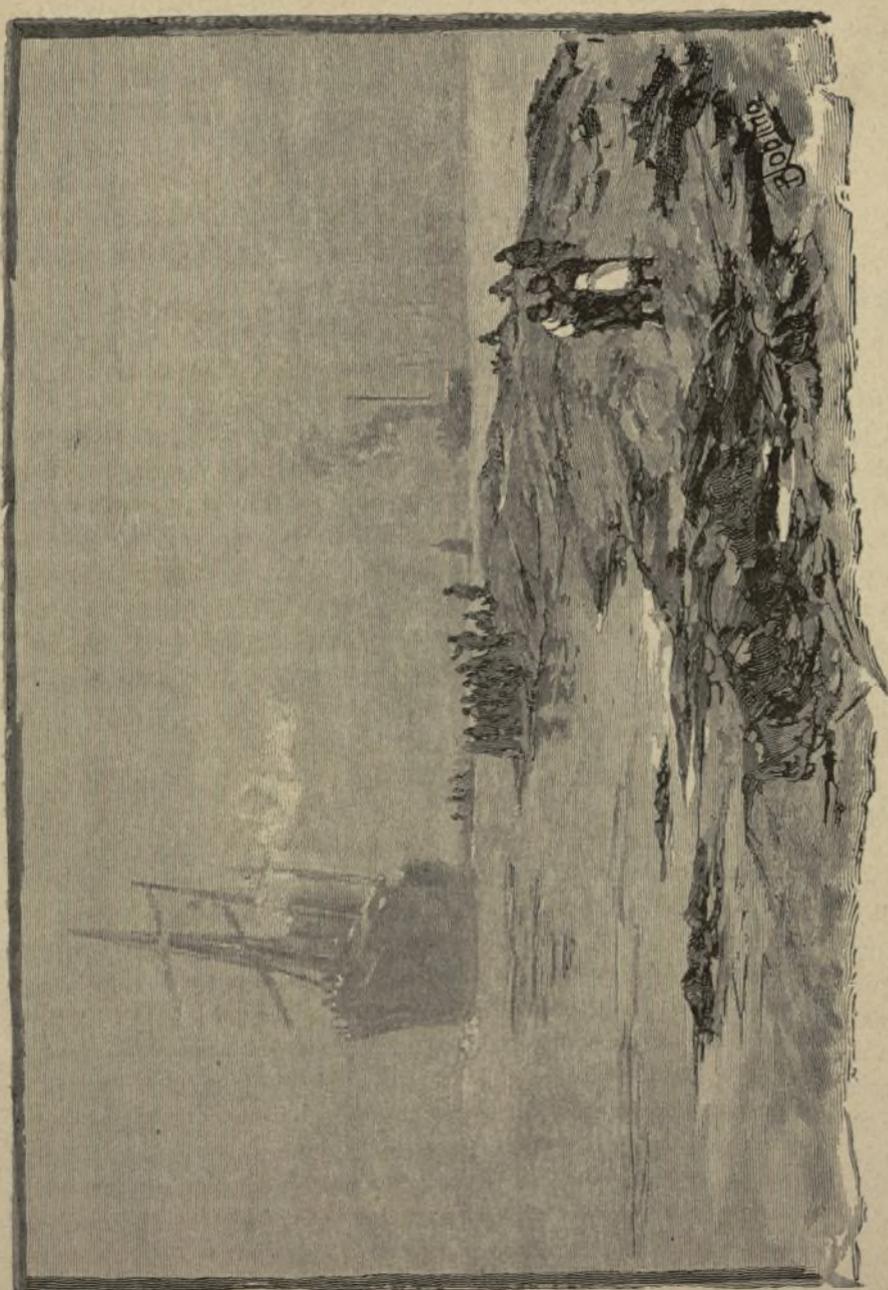
LA geografía es una ciencia en la cual, si no tenemos los españoles tanto que ver como antes, todavía ofrece algún interés para la generalidad. Y, sin embargo, ¡qué poca geografía se sabe por punto general! ¡Cuántos creen aún que se puede ir de Cádiz á Manila desembarcando cada noche para dormir en tierra!

La verdad es que, como todo, se enseña muy á la antigua en los colegios, y que maldita la afición que puede despertar en los niños, como no sea la de un árido inventario de nombres aprendidos de memoria.

Presencié el otro día unos exámenes de parvulitos en los cuales entraba también la geografía, y pude convencerme de que, enseñándose como se enseña, *no se va á ninguna parte*.

Hiciéronle poner al arrapiezo delante de un mapa de España, y dijéronle que señalase la cordillera pirenaica, y el angelito, armado de un puntero, paseólo por allá arriba (con exactitud), y añadió: — *La cordillera pirenaica, etc., etc.*

Bien ¡y qué! ¿Qué idea se formaría la criaturita, al ver aquella línea sombreada, de lo que son los Pirineos? Mejor dicho: ¿qué idea tendría el angelito de lo que es una cordillera sólo por lo que le ha explicado el maestro? Y se me ocurrió que, así como por Navidad se arreglan *belenes* de bulto, no costaría nada hacer una *España belén* (aunque reconozco perfectamente que ya lo es), y de seguro que los niños sabrían entonces, viéndolo á vista de pájaro, aunque en escala infinitesimal, lo que es la cordillera pirenaica y lo que es el cabo de Creus y dónde comienza el mar Cantábrico. Sobre el mapa es imposible que una tierna inteligencia pueda hacer el necesario esfuerzo de imaginación para figurarse bien la extensión y el relieve. Así se convierte la geografía, ciencia eminentemente ocular, en una *asignatura* de memoria. Yo no negaré que un niño pueda saber que Sofía es la capital de Bulgaria: lo difícil es que sepa si Bulgaria está cerca ó lejos, y si es grande, y dónde cae. Eso no lo sabrá sino metiéndoselo bien por los ojos mediante un mapa en relieve. La geografía, como se enseña hoy á los niños, me hace igual efecto que, si yo quisiese dar idea de mi



El trasatlántico

modesto cuarto tercero enseñándoos el plano, con lo cual quedaríais enterados.

La geografía no debe enseñarse con planos, sino con continen-

Ayuntamiento de Madrid

tes de bulto, y aun, á ser posible, con mares de agua, es decir, con belenes grandes. Lo demás es cansar la memoria.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

EFFECTOS DE LOS PERFUMES

MUCHO se ha discurrido acerca de la naturaleza de los perfumes que emanan de determinadas flores, los cuales, después de detenidas indagaciones, han sido considerados como cuerpos existentes por sí mismos, como partículas sumamente tennes desprendidas de los cuerpos olorosos.

La producción y la trasmisión de olores dependen de ciertas influencias atmosféricas, no menos que de la naturaleza de los cuerpos olorosos: el calor, la luz, la humedad, la electricidad, ejercen notable influencia en su desarrollo.

En determinadas circunstancias los olores de las flores son trasportados á distancias increíbles. Cuentan famosos viajeros que en algunas regiones tropicales se anuncian algunas islas á 8 y 10 leguas de distancia por los precedentes de su pomposa y espléndida vegetación. Tal acontece, por ejemplo, con la isla de Ceylán. Algunos aseguran haber reconocido á 70 kilómetros las costas de nuestra España merced al olor del romero que á ellos llega.

La lluvia y el rocío privan, de ordinario, á las flores, de su perfume: por eso ciertas plantas difunden principalmente sus aromas por la atmósfera durante el alba ó al amanecer, esto es, cuando el rocío es menos abundante. Asimismo existen vegetales que tan sólo durante la noche esparcen su perfume.

Y no es esto sólo lo que al observador le ha sido dable apreciar. En tanto que algunas plantas, como el geranio de olor, la menta, la carolina y la verberna, no exhalan sus perfumes más que sujetándolas á un frotamiento, otras, como la violeta y la gardenia, lo pierden por este medio. La reseda, los pétalos de las rosas, el azufre y los troncos de las lilas despiden un olor muy fuerte cuando se les frota con alguna violencia. El contacto del agua y del vapor desarrolla á su vez, en las rocas arcillosas y en algunos vegetales, un olor por demás característico.

Según la temperatura atmosférica, conservan los cuerpos más ó menos perfume.

Hase observado que las ropas oscuras conservan más el olor que las de colores claros, lo cual viene á demostrar que sucede lo propio con relación al olor y los colores que con el calor y la ropa, ya que en uno de nuestros últimos escritos hablamos precisamente de la influencia de los rayos solares sobre determinados colores.

Antanamiento de Madrid

Hé aquí, según autorizados experimentos, el orden de más á menos en que se ofrece el color de los cuerpos relativamente á la absorción de los olores: *negro, azul, verde, rojo y amarillento*. El *blanco*, en cambio, apenas lo absorbe, contrastando este fenómeno con la circunstancia de ser las flores blancas,



El clavel, la rosa y la violeta

azucenas, nardos, jazmines, etc., las flores de más fuerte y persistente olor.

Por lo que á los individuos respecta, lo primero que debe notarse es que los olores buenos ó malos no afectan de la misma manera á aquellos cuyo olfato se halle igualmente desarrollado. La edad, el temperamento, la organización individual, y hasta las costumbres, influyen en ello indudablemente.

Hay olores, como el almizcle, el patcholí y esencias fuertes, que agradan grandemente á unos individuos, mientras que á otros les ocasionan grandes trastornos. Las mujeres de la antigua Roma hacían un uso verdaderamente

inmoderado de los perfumes, mientras que las romanas de ogaño no les tienen ninguna afición. Al lapón y al esquimal les deleita como el perfume más delicioso el olor del aceite de hígado de bacalao, olor que tanto repugna sólo con nombrarle en nuestros países.

Los rusos se despepitan por las coles agrias, en tanto que los persas estiman como un perfume muy grato el de la valeriana.

Es cosa mil veces demostrada la acción de los perfumes en el sistema nervioso: las mujeres, sobre todo, parecen tener cierta disposición para ser afectadas por ciertos olores, bastando á veces la vista de una sola flor para ocasionar una crisis en su sistema. En estos casos suele tener gran culpa la imaginación, según patentiza el siguiente ejemplo:

Cuéntase de una jovencita que no podía resistir, según aseguraba, el olor de los claveles. Un día visitóla una ex condicípula suya que llevaba prendido en el pecho un ramito de aquellas lindas flores, y, apenas la vió, la joven se puso, ó dijo que se puso, mala.

—¿A qué esa indisposición tan repentina?—le preguntó su amiga con verdadero disgusto.

—Dispensa, hijita,—contestó la melindrosa;—pero ello es que, en percibiendo perfume de claveles, en seguida me pongo mala.

—¿Y lo percibes ahora?—observó su camarada.

—¡Ya lo creo! En cuanto has entrado he percibido en seguida el olor de los que te adornan.

—Entonces permítame que te felicite por tus privilegiadas narices. Los claveles que llevo en el pecho son artificiales: en invierno no nacen flores en mi jardín.

A. OZORES

LA PELADILLA

(AL ESTUDIOSO É INTELIGENTE NIÑO NILO MARÍA FABRA)

CONTABA Nicolás diez años bien cumplidos, cursaba ya el segundo de latín y matemáticas, y era por su excelente corazón, su claro entendimiento y aplicación al estudio, el orgullo de sus padres y la envidia de sus no tan aplicados condiscípulos.

Pero como todo anda revuelto en este endiabrado mundo, en medio de tantas y tan bellas cualidades tenía nuestro muchacho dos defectos, uno moral y otro físico, estribando el primero en ser bastante irascible, tanto que por un grano de anís, ó por un quitame allá esas pajas, perdía con frecuencia los estribos, dando entonces al traste con su buen entendimiento y con su corazón no menos bueno y untamiento de Madrid

Por lo que toca al defecto físico, del cual, naturalmente, no era Nicolasito responsable, consistía en ser un poco feo y un mucho cargado de espaldas, circunstancias ambas no tan envidiables como su talento, que le daban el aspecto de un orangután en actitud de encaramarse á un cocotero, y que á sus camaradas inspiraban la censurable travesura de motejarle de *mono*; apodo que, lanzado diariamente al rostro de nuestro niño, é irascible como él era, hacíale con frecuencia andar á cachetes y pescozones con sus imprudentes compañeros.

En cuanto á la aplicación de Nicolás, era cosa extraordinaria y pocas veces vista en una criatura de sus cortos años: cuando ya se sabía al dedillo las lecciones, entregábase afanoso á la lectura de obras literarias debidas á la selecta biblioteca de su padre. Leía á nuestros buenos poetas sobre todo, á los cuales era muy aficionado.

Al mediar de una hermosa tarde de mayo, Nicolasito, en el gabinete de su mamá, bajo la persiana del balcón, sentado en una silla baja y una pierna sobre otra, leía las comedias de D. Juan Ruiz de Alarcón, el adorable poeta mejicano de nuestro siglo de oro, y estábanse aprendiendo de memoria cierta redondilla que, tanto por su belleza como por el particular concepto en ella contenido, llamara singularmente la atención del aplicado chico.

Su mamá, que á breve distancia, y dentro del gabinete, cosía junto al costurero, díjole de pronto:

—La muchacha acaba de salir á un recado: se me olvidó decir que me trajera seda negra y me está haciendo mucha falta. ¿Quisieras tú, hijo mío, ir á la tienda por un carrete?

—Sí, mamá,—respondió el muchacho.

Y, á pesar de lo mucho que le complacía la lectura, cerró el libro. Púsose la gorra, que depositara al entrar sobre la consola, y, tomando de la buena señora el dinero y las instrucciones necesarias, partió á desempeñar su cometido.

Nicolasito andaba por la calle repitiendo entre dientes, de memoria, la consabida redondilla acabada de aprender, cuando acertó á pasar por delante de la herrería del pueblo, donde, á juzgar por el estrépito, machacaban de lo lindo. Miró, atraído por la curiosidad, y vió, en efecto, en medio del ancho taller, el firme yunque, y en el mismo una barra de hierro al rojo blanco, sobre la cual menudeaban los sendos y vigorosos martillazos de los dos fornidos mozos arremangados hasta el codo, casi negros como el carbón, y cubiertos con delantales de cuero desde el cuello hasta los pies. Allá, en el fondo oscuro de la vasta oficina, semejante á una caverna, veíase la fragua hecha un infierno, cuyos rojizos resplandores atizaba, manejando la cadena del gran fuelle, un niño de seis ó siete años, tiznadas las manos y cara, mientras otros dos hercúleos mocetones sepultaban en las candentes brasas otra barra de hierro semejante á la primera.

Ofrecía aquel espectáculo, en su conjunto, algo de poético y terrible á



Ayuntamiento de Madrid
¡DESCUBIERTOS!



UN DRAMA DE FAMILIA

los ojos de Nicolás, quien no pudo menos de detenerse un momento á contemplarlo.

De repente, cuando más absorto se hallaba en su contemplación, sonándole como el chasquido de un látigo próximo á cruzarle el rostro, hirió sus oídos esta palabra:

—¡*Mono!* ¡*Mono!* ¡*Mono!*

El motejado niño volvió rápidamente á un lado la cabeza, y vió en la calle, arrimado en la pared, junto al portal de la herrería, á otro muchacho de su misma edad, que, sonriendo malignamente, repetía el apodo susodicho.

Era Marcelo, el hijo del herrero, niño travieso y malcriado, el cual, siendo condiscípulo de Nicolás, se gozaba siempre en mortificarle con el expresado mote.

Al oírle, subiósele la sangre al rostro á nuestro héroe. Contúvose, no obstante, y respondió:

—¿Qué te he hecho yo, di, para que me motejes?

—Eres un *mono* y me da la gana.

—¡Te da la gana, dices! Más te valiera darle al fuelle de la fragua, economizando así á tu padre el jornal de un niño ajeno.

—¡*Mono!* ¡*Mono!*—insistió Marcelo.

Nicolás apretó los puños; pero contúvose de nuevo, y, aproximándose al ofensor, se contentó con escupirle al rostro la consabida redondilla de Alarcón, que decía como sigue:

«En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza:
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.»

Marcelo, incapaz de comprender el alcance de estos versos, soltó la carcajada y siguió insultando á su ofendido compañero.

Este último, de encarnado, se había puesto lívido y faltaba poco para que los ojos se le saltaran de las órbitas.

—Te perdono por esta vez,—aulló;—mas oye bien lo que te digo: como vuelvas á motejarme, te has de acordar de mí: yo te lo juro.

Y, haciendo un último esfuerzo sobre sí mismo y pensando en el encargo de su madre, Nicolás se apresuró á doblar la inmediata esquina, mientras continuaba llegando á sus oídos el odioso mote que Marcelo repetía.

Algunos minutos después nuestro héroe volvía á pasar por delante de la herrería, llevando en el bolsillo de la chaqueta el carrete de seda negra que acababa de comprar.

Marcelo seguía en su puesto, firme como un centinela: sin duda le esperaba.

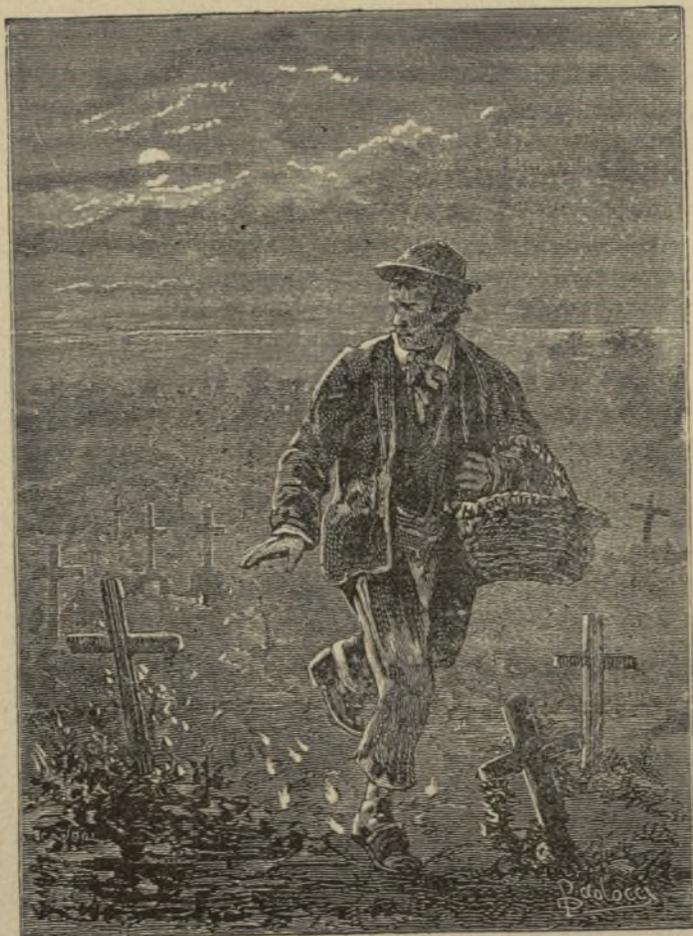
¡*Mono!* ¡*Mono!* y cien veces ¡*Mono!* repitió apenas hubo atisbado á su condiscípulo.

Ayuntamiento de Madrid

Este último, encendido en ira, le dirigió una mirada de basilisco, á pesar de lo cual, volviéndole la espalda, prosiguió su camino por una calle abierta, casi perpendicularmente, ante el portal de la herrería.

(Se concluirá)

JUAN TOMÁS SALVANY



El gañán y los fuegos fatuos

NUESTROS GRABADOS

MISTRESS X, ESCRITORA INGLESA

Buen tipo de escritora, ó, mejor dicho, de *authoress*. Ya sabéis que Inglaterra es el país clásico de las noveladoras, si á veces algo pesaditas, siempre dechado de moral.

EL TRASATLÁNTICO

¡Se va! Ciudad flotante que atraviesa las vastas soledades del océano como
Ayuntamiento de Madrid

gigantesco monstruo henchido de humanas vidas. ¡Dios lo lleve á puerto y consuele á los que se quedan viendo alejarse á los seres más amados!

EL CLAVEL, LA ROSA Y LA VIOLETA

Una rosa y un clavel, no poco vanidosos, se burlaban de la violeta; pero ella se defendió muy bien alegando que si los dos eran tan magníficos, ella, la pobrecilla, desempeñaba también su papelito en el concierto de lo natural prestando variedad al verde césped. Ciertamente que hay cosas admirables, pero no deben despreciarse las pequeñitas.

¡DESCUBIERTOS!

Al fin se les encontró, gracias á Dios, después de haber ocasionado á la familia el susto ache.

UN DRAMA DE FAMILIA

¡Ya veis qué drama! Por lo mismo, estremeceos, no siendo menester que añada yo ni una línea de mi cosecha para aumentar el *horror trágico* que despierta esa tremenda escena.

EL GAÑÁN Y LOS FUEGOS FATUOS

Un pobre diablo de gañán pasó cierta noche por un cementerio, vió unos fuegos fatuos, echó á correr, y, cuanto más corría, más le perseguían. Detúvose, y con sorpresa vió que se detenían también. Así suelen ser, por lo general, los enemigos una vez se les planta cara.

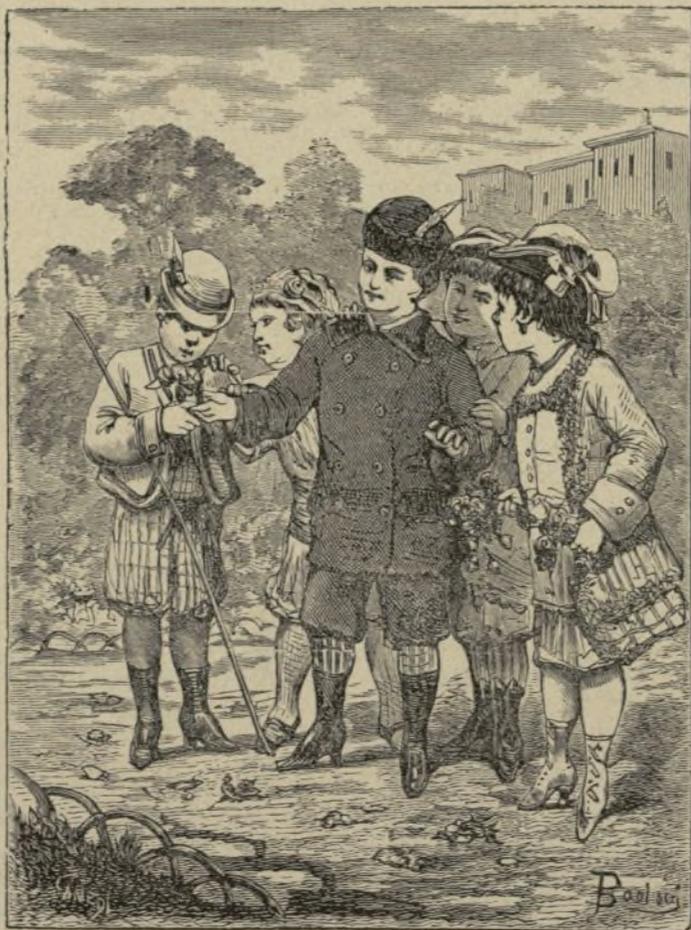
LAS FLORES Y LA ORTIGA

Había en un jardín unas cuantas flores que, por habitar en un rincón, sentían mucha envidia por las que crecían en más visible sitio, aumentando aun más su mal humor cuando vieron hospedarse junto á ellas una yerbucha fea como ella sola, una ortiga. Y sucedió que un día penetró en el jardín una bandada de estudiantillos que comenzaron á arrancar las flores que ocupaban el puesto de preferencia, temblando las otras, como es natural, para cuando les llegase el turno. Hé ahí, pues, á aquellos verdugos que se disponen á arrancarlas también; pero, al alargar las manos el primero de ellos, ¡Santo Dios, qué gritos! Había tocado la ortiga, y no tuvo que ir á Roma por la penitencia, con lo cual las flores se salvaron.

LAS TRES ROSAS

Érase un señor senador, no recuerdo bien si conde ó marqués ó duque, y

con eso muy aficionado á los simbolismos. Sucedió, pues, que un día, paseando por el jardín de su casa con el futuro heredero de sus títulos, y deseando darle una lección de moral amena, llamóle la atención sobre tres rosas que había en un rosal. La primera, de lejos, era muy vistosa; pero al acercarse



Las flores y la ortiga

veíase que estaba á punto de deshojarse.—Ahí tienes la imagen de esas casas que aparentan mucho y están á punto de tronar,—le dijo. La segunda era de apariencia tan mezquina y tan cerrada que apenas sacaba afuera los pétalos de su corola.—Ahí tienes las casas excesivamente avaras, á las que nadie honra por su *gansería*. Finalmente, admira ésta: abierta, fragante, entera, imagen de la cuerda economía. Así, *in medio stat virtus*.



LA MISERIA

(Conclusión)

—¿Para qué lo queréis?—preguntó el vecino.

—Para ir al bosque á buscar leña.

—Bien: tomad lo que pedís; pero no carguéis demasiado la carreta.

—No tengáis cuidado, buen amigo.

El hermano pobre volvió á su casa, Miseria se introdujo en la carreta, y dirigiéronse á la llanura.

—Amo mío,—dijo Miseria;—¿conocéis el sitio donde está la piedra grande?

—Claro es que sí.

—Pues, entonces, encaminaos hacia ese sitio.

Detuviéronse al llegar: Miseria saltó de la carreta, y dijo á su compañero que levantase la piedra. Hizolo el pobre hombre, y, dejando en descubierto una cavidad, vió un pozo lleno de oro.

—¿Por qué miráis con tanto asombro?—dijo Miseria.—Daos prisa y cargad el oro en la carreta.

El campesino comenzó á trabajar afanosamente, y al fin llenó el vehículo.

Cuando vió que ya no quedaba más, dijo á su compañero:

—Mirad bien para ver si he dejado alguna moneda.

—¿Dónde?—replicó Miseria, inclinándose sobre la cavidad.—Yo no veo nada.

—Sí, sí: allí hay algo que brilla,—contestó el otro.—Entrad dentro y lo encontraréis.

Miseria saltó al fondo, y, no bien estuvo allí, el campesino cerró la boca del pozo con la piedra.

—Me parece que mis asuntos mejorarán ahora,—murmuró el buen hombre.—Si te llevase otra vez conmigo, maldita Miseria, más pronto ó más tarde me dejarías otra vez sin un cuarto.

El campesino volvió á su casa, encerró el dinero en la cueva, devolvió á su vecino los bueyes, y comenzó á reflexionar lo que le convendría hacer. Al fin se decidió á comprar un bosque, y construyó una granja, lo cual le permitiría llegar á ser dos veces más rico que su hermano.

Al cabo de algún tiempo fué á la ciudad para invitarle á ir á comer á su casa, acompañado de la esposa, para celebrar el día de su santo.

—¡Vaya una ocurrencia!—exclamó el hermano rico.—No tienes ni pan para comer y, sin embargo, vienes á convidarme para celebrar tus días.

—Hubo un tiempo,—contestó el otro,—en que no tenía ni qué comer; pero ahora, á Dios gracias, soy tan rico como tú; y, si quieres venir, te convencerás de ello.

—Sea: iré á tu casa.

Al día siguiente el hermano rico fué con su mujer á casa de su hermano, y pudieron convencerse de que aquél se había enriquecido, pues tenía una

casa como pocos. El hermano, que antes era tan pobre, les obsequió con una comida opípara, en la cual abundaron los mejores vinos. Al ver esto, el hermano rico preguntó:

—¿No me dirás ahora cómo te has arreglado para llegar á ser tan rico?
El campesino refirió entonces cómo Miseria no le dejaba de mano; cómo le



Las tres rosas

obligó á venderlo todo, hasta no quedarle ni un hilo; cómo Miseria le enseñó dónde había un tesoro oculto en la llanura de qué modo se apoderó de él y pudo libertarse de Miseria, arrojándole en el pozo.

Al oír esto, el hermano rico experimentó envidia.

—Si yo fuera á ese campo,—pensó,—podría levantar la piedra y poner á Miseria en libertad. Seguro es que empobrecería de nuevo á mi hermano, y entonces ya no haría más alarde de sus riquezas conmigo.

Dominado por esta idea, ordenó á su mujer que volviese á casa, y, sin per-

Ayuntamiento de Madrid

der tiempo, encaminóse á la llanura. Cuando hubo llegado al sitio donde estaba la piedra grande, empujóla á un lado y arrodillóse para ver lo que había en la cavidad; pero, antes de que hubiese podido explorarla con la vista, Miseria saltó á los hombros del hermano rico.

—¡Ah!—gritó.—¿Conque querías dejarme morir aquí de hambre? No, no: ahora no me separaré jamás de ti de ningún modo.

—Escucha, Miseria,—dijo el mercader;—no fui yo quien te puso debajo de esa piedra.

—Pues ¿quién ha sido?

—Mi hermano es quien te arrojó ahí. Yo he venido expresamente para devolverte la libertad.

—¡Eso es mentira! Ya me has engañado una vez y no lo harás más.

Miseria se agarró fuertemente al mercader, y éste hubo de llevarle á su casa, donde todo empezó á ir mal desde entonces. El primer día comenzó ya con sus acostumbradas exigencias, y no pocos objetos de valor se perdieron en muy poco tiempo.

—Es imposible vivir así,—decía el mercader.—Miseria me ha hecho gastar demasiado, y ya es hora de librarme de su presencia; pero ¿cómo lo haré?

Después de cavilar mucho tiempo, fijóse en una idea. Fué al patio, cortó dos cañas de roble, buscó una rueda nueva é introdujo con fuerza una de aquéllas en una extremidad del eje, hecho lo cual fué á buscar á Miseria.

—¡Hola!—gritó.—¿Qué haces ahí sin ocuparte en nada?

—¿Y en qué me había de ocupar?

—En cuanto haya que hacer; mas ahora vamos al patio á jugar un poco al escondite.

Agradóle á Miseria la proposición y obedeció al punto. El mercader se escondió primero: Miseria le encontró en seguida, y entonces tocó á éste el turno de ocultarse, lo cual hizo, diciendo al mercader:

—No será fácil que me encuentres pronto, pues yo me puedo introducir en las grietas.

—¡Quiá! No lo creo. Ni siquiera te sería posible introducirte en esa rueda.

—¡Vaya una dificultad! Me introduciré en ella y hasta me perderás de vista.

Miseria se introdujo en la rueda, y entonces el mercader, cogiendo la caña de roble, la metió en el cubo por el otro lado. Luego cogió la rueda y arrojóla al río antes de que pudiese salir Miseria, el cual se ahogó, dejando así libre al mercader, que volvió á vivir como antes.